



Thomas Merton: la escritura como herramienta espiritual

Dídac P. Lagarriga

(Traducción del artículo publicado en catalán en el Diari Ara, 23/10/2014)

El hacinamiento de letras que forman palabras y entrelazan frases puede suponer un ejercicio de vanidad donde verter expectativas e ideas y hacerse un lugar en el fangoso mundo literario. Pero, ¿qué ocurre cuando este objetivo desaparece y escribir se convierte en una necesidad que va más allá de la necesidad? ¿Es decir, cuando una identidad no sólo se hace y rehace a través de la escritura, sino que también lo emplea para irse disolviendo en un estado poroso y encontrar aquel preciado lugar donde el ego mengua? No poder dejar de escribir y no darle demasiada importancia a escribir es una aparente contradicción que nutre el escrito, nos acerca a la persona que está detrás del escritor y la hace una práctica muy enriquecedora, tanto para quien escribe como para quien lo lee.

El diario de Merton

Uno de los formatos donde se evidencia más esta pugna para encontrar el equilibrio entre la atención personal que requiere la escritura y la distensión que pide la inmersión espiritual es el dietario, en especial cuando el autor mantiene la disciplina de elaborarlo a lo largo de los años. Uno de estos ejemplos lo encontramos en el extenso diario que fue confeccionando Thomas Merton durando casi tres décadas y que ahora la editorial vasca Mensajero ha traducido y publicado de forma abreviada en un único volumen y con el título *Diarios 1939-1968*. Merton (1915-1968) fue un monje trapense que se convirtió en uno de los escritores espirituales más conocidos y publicados del siglo XX. Activista por los derechos humanos y gran impulsor del diálogo interreligioso, escribió de manera prolífica poesía, ensayo, teatro, reflexiones teológicas y centenares de artículos (que por sí mismos ocupan quince volúmenes). Se hizo famoso, entre otros títulos, por el best-seller *La montaña de los siete círculos* (1948), el relato autobiográfico sobre cómo pasó de joven ensimismado de sí mismo a novicio en el monasterio trapense de Gethsemani (Kentucky, EUA). Todo este alud de obras circulan en paralelo a su diario donde, con emotiva sinceridad, describe los conflictos de combinar la carrera literaria con la vocación sacerdotal. Así, se nos presenta como una criatura frágil, recíproca a la diversidad de creencias y que asume su complejidad última más allá de corazas mentales o de un distanciamiento elitista donde podría caer fácilmente un personaje de estas características. Al poco de escribir los libros que lo dan a conocer internacionalmente, confiesa: “Cada libro que sale con mi nombre es un nuevo problema... Descubro en mí un orgullo soterrado y

un cierto desprecio hacia los demás que ya creía superado, pero que en realidad sigue estando allí, tan malo como siempre. No veo como este libro puede hacer algún bien.” La espiritualidad sirve para irnos puliendo, lentamente, sin escándalos ni recetas mágicas, y Merton testimonia muy bien el proceso. Casi veinte años después de esta primera cita, parece que nada haya cambiado, pero las sutilezas se hacen evidentes: “Irreflexivo, impulsivo, perezoso, egoísta, extraño a mí mismo, infiel a mí mismo, obediente de las más estúpidas fantasías, guiado por las emociones y las necesidades más tontas. Sí, lo sé, en parte es inevitable. Pero también sé que, a despecho de todas las contradicciones, existe un centro y una fuerza a la que puedo acudir siempre que realmente lo desee. La gracia de desearlo radica probablemente aquí.” Con la escritura se pierde, se encuentra y lo comparte a través del flujo incesante de anotaciones y comentarios que forman su diario. Cómo señalan sus prologuistas y amigos personales Patrick Hart y Jonathan Montaldo: “Merton se hizo monje escribiendo sobre cómo hacerse monje. Escribió sobre el silencio para convertirse en un ser silencioso. Escribió sobre su condición de perdido porque Dios lo encontrara.” Gracias a la apertura de formato que le ofrece el diario (“un libro sobre todo”), reconoce el efecto sanador de la escritura, siempre que no se la sobrevalore: “Para mí lo importante se guardar silencio, meditar y escribir; pero escribir va en tercer lugar.”

La fuerza de la escritura

Es interesante señalar que Merton no puede dejar de escribir a pesar de sufrir los efectos de una escritura de éxito (reconocimiento público, conferencias, peticiones editoriales, polémicas...) y los aparentes frenos a la carrera literaria que se autoimpone al formar parte de un orden monástico y valorar la vía mística que promueve el silencio y la soledad. Ante estas confesiones que llegan al corazón, es difícil no preguntarnos: ¿qué tiene la escritura? ¿Qué fuerza esconde que incluso para personajes como Merton se vuelve irresistible? Quizás se deba a su alto grado terapéutico, donde confesor y confesado se encuentran en la hoja en blanco. Tiene, además, otra particularidad: el rastro que deja la escritura puede servir también a los otros cuando se hace con voluntad de vincular la experiencia y recurrir a puntos comunes, de sufrimiento y felicidad, de dolor y contemplación compartidos. Merton lo sabe y nos conmueve profundamente porque reconoce esta necesidad de escribir sin darle un peso que no tiene: “Tengo la sensación de que ahora paso más tiempo rezando y menos admirándome a mí mismo. Mi oración es más confusa y oscura. Desaparezco y no sé nada (sólo me queda una confusa conciencia de que los bosques y yo existimos y de que tengo un centro que está fuera del ámbito de esta existencia). Dos horas son lo mismo que cinco minutos. Suena la campana y a menudo llego tarde a vísperas.”

Con una escritura hecha de experiencia y que a la vez construye más experiencia, Merton describe y alimenta una práctica intensamente vivida, acumula gestos hacia los otros, se nos ofrece y, en definitiva, nos despierta el anhelo de dejarnos acompañar, agradecidos.